



CRITICA MUSICAL

"Turangalila"

"El Nervio"

Nov-27-1984

Olivier Messiaen, hablando del oyente que se enfrenta con sus obras, declara: "dejarse cautivar será su único deseo". Fue también el del suscrito cuando escuchó la sinfonía "Turangalila" (1946-1948) en su estreno para Chile, el sábado 24 de noviembre.

Podemos, entonces, descartar el sistema teórico del compositor francés, para quien la música constituye un "acto de fe". En la magna creación, que ofrecieron de manera memorable el director Juan Pablo Izquierdo, la Orquesta Filarmónica Municipal y solistas invitados, se notan influencias debussianas, rusas y orientales, amén del canto de los pájaros. Prevalcen el ritmo y el color (ninguna mixtura del órgano se aproxima a la variedad de timbres de la paleta de Messiaen, cuyos maestros fueron Paul Dukas y Marcel Dupré).

Constantes referencias temáticas tratan de unificar la forma, obtenida por reiteración y aditamento. La puntúan cadenzas pianísticas o silencios generales. Hay una propensión a lo colosal y recargado que, en cierto modo, hace de Messiaen el heredero legítimo de Berlioz.

Los diez movimientos, de casi hora y media de duración, significaron una continua alternancia de lo tedioso con lo entretenido. Interesan, desde luego, el complejo engranaje orquestal, manejado con tanta maestría; la excelencia

de los visitantes galos Jean-Francois Heisser (piano) y Jeanne Liorod, quien cumple de memoria sus tareas en el instrumento de ondas Martenot; las estridencias orgiáticas, las imitaciones del gamelán indonesio, los acordes extáticos, el glisando electrónico, los efectismos sorprendentes de la percusión.

Preferimos los desenfrenados tumultos de esta partitura a su obstinación en fórmulas rítmicas y, sobre todo, a la opulencia eufónica, en "glorioso tecnicolor", de pasajes cuyo exceso de miedos y almibares nos produce diabetes auditiva. De esto último excluimos enfáticamente el "Jardín del sueño de amor", donde la suavidad dulzona es redimida por un ambiente singular de magia, debido al embrujo del pájaro que canta en los gorjeos disonantes del piano.

Héroe de la jornada, que se recordará en los anales del Teatro Municipal, Juan Pablo Izquierdo capitaneó el enorme superboeing musical con una fascinación tan comprensible como evidente, haciendo aparecer simple lo complicado gracias a su fenomenal pericia técnica. La Filarmónica, Heisser y Jeanne Liorod le respondieron admirablemente. Por largos minutos fueron aplaudidos todos los ejecutantes.

Federico Heinlein